

Los aportes de Darío Betancourt Echeverry a la comprensión del presente*

DANIEL PÉCAUT

DANIEL
PÉCAUT
Profesor
Ecole
d'Hautes
Études en
Sciences
Sociales de
París

Es la primera vez que vengo a hablar en la Universidad Pedagógica Nacional. Me hubiera gustado hacerlo en presencia de quien hasta hace poco era Director del Departamento de Ciencias Sociales, Darío Berancourt Echeverry, hace más de tres meses secuestrado. Su familia y todos nosotros, sus amigos, estamos esperando su regreso.

Me temo que los que cometieron este acto bárbaro no sepan quién es Darío Betancourt, un historiador que alcanzó merecido reconocimiento en Colombia

y en el exterior por sus estudios sobre la historia regional del Valle. Por eso todos los que utilizamos su obra y la admiramos, decimos: ¡Esto no puede ser, dejen regresar a Darío!

Tengo una razón superior para estar aquí. Darío estaba matriculado conmigo en París en sus estudios de doctorado. Durante dos años, él y yo animamos un seminario sobre Colombia. ¿Quién era el profesor y quién el alumno? Éramos cada uno una cosa y otra sucesivamente. Él fue mi profesor de la historia del Valle y

* El presente texto es la conferencia leída en el homenaje a Darío Betancourt, tres meses después de su desaparición. Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, agosto de 1999.

le debo el conocimiento que sobre ella tengo. Es más, le debo una mayor comprensión de la historia de este país entre las décadas del veinte y del sesenta.

DE LA LARGA DURACIÓN A LO MICRO

Lo mejor que puedo hacer es retomar sus libros, varios escritos con Martha Luz García, comentando sus aportes y lo que me ayudaron a entender a Colombia. Empezaré por los que me parecen sus tres aportes. Darío es de los que mostraron que no hay una historia del presente que no esté enterrada en una historia de larga duración. Segundo, no hay una historia política que no sea al mismo tiempo una historia social. Y, por último, no hay historia macro de la sociedad que no tenga que apoyarse sobre una historia micro, de las veredas y los municipios. Miremos pues cada una de tales contribuciones.

1. Darío es un historiador del presente. Lo es, lo sabemos todos, y de los más sobresalientes. Pero lo es porque sabe en todo momento que no se pueden leer los fenómenos sociales sino a luz de los procesos históricos de conformación regional, a lo largo del proceso de su colonización. En sus trabajos aplica el precepto de Marc Bloch: hacer una historia retroactiva en la cual los rasgos de hoy dejan ver los rasgos del pasado.

Ahí están siempre a la orden del día las regulaciones precarias, a menudo violentas, que rigen la vida de las veredas, enraizadas en las regulaciones también precarias y violentas siempre prevalecientes. Están los gamonales tradicionales y los recién surgidos disputando el poder, al igual que en el pasado, donde se mantuvo una disputa permanente entre las ondas sucesivas de élites. No es que no haya nada nuevo, en cada momento aparece algo distinto; pero lo nuevo no puede sino inscribirse en las estructuras construidas con anterioridad.

2. La historia política, si no quiere quedar limitada a una historia superficial y simplista, tiene que ser una historia social. Existen partidos, jefes, aconte-

cimientos políticos. A menudo la gente cree que tiene una lógica autónoma. Y los historiadores a veces lo creen, pero Darío sabe que no es así. Detrás de lo público es preciso buscar cómo se mueven los intereses sociales, o cómo lo público está siendo instrumentalizado al servicio de unos intereses. Con mayor razón hay que hacerlo cuando se trata de sociedades de reciente construcción, como sería el caso de los municipios del norte del Valle en las primeras décadas de este siglo, resultado de la colonización antioqueña.

El problema en este caso es fundamental. Se inventan, al mismo tiempo, una sociedad política y unas estructuras sociales, las dos estrechamente relacionadas. La mezcla entre las formas políticas y las formas sociales continúa hasta hoy día. Darío es un investigador de lo social y por eso es uno de los maestros de la genuina historia política.

3. Lo micro y lo macro no se pueden aislar. En París, Darío alcanzó a leer autores italianos como Ginzburg y Giovanni Levi. Pero bien hubiera podido prescindir de estas lecturas porque sabía cómo el nivel micro contiene los secretos del nivel macro. Al nivel micro, las obras de él y Martha García pusieron de relieve, con gran talento, que las instituciones, las estructuras de poder y las estructuras cognitivas no son sino el producto de las interacciones entre los actores y entre unas instituciones fundadas sobre intereses, creencias y coacciones. Lo mismo vale para el nivel macro, tanto porque lo nacional deriva en Colombia, más que en otras partes, de las interacciones entre las regiones; como por qué la normatividad legal es el derivado precario de las transacciones entre grupos que manejan variados recursos de poder.

DE LOS MEDIADORES AL TRASLADO PARTIDISTA

Pero ahí no concluyen los aportes substantivos del trabajo de Darío. Para no perderme tomaré como punto de partida dos hechos descritos en su obra. Prime-ro, la función de mediadores desempe-

ñada por quienes consiguen el poder local. Segundo, la manera como el inicial reclutamiento sobre una base partidista lleva, posteriormente, al cambio de afiliación a medida que se producen transformaciones en el poder nacional, de manera especial durante el tiempo de la Violencia. Los dos hechos ofrecen una llave de comprensión de multitud de fenómenos.

1. La noción de mediadores tiene gran importancia en los análisis de Darío. Por medio de ellos encontramos de nuevo el vínculo entre lo político y lo social. La ocupación de baldíos o de tierras con título dudoso es un proceso que supone mediadores: aquellos que se las arreglan para tener el monopolio de la atribución de títulos, o al menos su control. Ahí están el caso de Trujillo y el conflicto entre Leocaldo Salazar, quien vende las tierras que los colonos cultivan, y Ernesto Pedraza, quien construye su poder político defendiendo a los otros.

Pero los mediadores son también los que adquieren poder por medio del control ejercido sobre las relaciones entre la comunidad local y el gobierno departamental, gracias al mercado de votos que dominan. En la demostración de la dinámica de intercambio entre el municipio y el departamento, Darío emplea un razonamiento en términos de estrategia organizacional, tal como está siendo desarrollada por Crozier. Para acumular poder se necesita, primero, inventar una comunidad mediante la creación de municipios y asegurar su caudal electoral, acudiendo a todas las formas de coacción y de violencia necesarias. Después, con esos votos, se negocia en posición de fuerza con los dirigentes políticos departamentales. Allí reside el intercambio entre votos e inversiones y ahí descansa la fuerza del mediador. Aparece el análisis estratégico: el poder está ligado a la capacidad de controlar la incertidumbre mediante el manejo antojadizo de los votos, a fin de obtener el mayor beneficio de las autoridades de otros niveles bajo la amenaza de apoyo a competidores de otro lugar.

Mediador es también el que impone las normas locales. Ya las primeras juntas de colonizadores de los años veinte, muestra Darío, imponen reglamentos en relación con los comportamientos de la gente. Los mediadores de las décadas siguientes también lo hacen, salvo que las normas se vuelven arbitrarias conforme a sus objetivos inmediatos.

El mediador es finalmente el que simboliza como se van construyendo mundos sociales, inclusive instituciones locales en nada relacionadas con reglas jurídicas ni con eslabones del Estado burocrático. La organización de la sociedad local deriva de su dinámica interna y de la aplicación de normas generales definidas en el Estado central.

Todavía quedan analistas que se preguntan por eso de la "precariedad del Estado", si a muchos pueblos llegan la electricidad, las carreteras y los puestos de policía. Esos analistas deben leer a Darío y entender entonces aquella precariedad: el funcionamiento del poder local se basa en prácticas y "reglas de hecho" que escapan al control del Estado –lo que Darío llama la privatización del espacio público–, obligando al Estado a transar de forma permanente con el poder local. Todo un análisis que en su obra cobra cuerpo vía el tema de las mediaciones.

2. Aparece el otro punto, el traslado de parte de la población de un partido al otro debido a la coacción. Creo que nada puede ilustrar mejor los límites de la ciudadanía en Colombia. La ciudadanía supone identidades colectivas autogeneradas a base de elementos comunes en términos de clases, religión, cultura local. Supone la conciencia de un conjunto de derechos que el Estado debe reconocer. Supone que, más allá de las desigualdades, se impone la convicción de una similitud entre las personas, retomando la palabra utilizada por Tocqueville en su comentario sobre el nuevo "tema generador de las sociedades modernas que es la igualdad".

Los cambios en las afiliaciones partidistas muestran, en primer lugar, que en el norte del Valle no existe la posibilidad

de entidades autogeneradas. Las identidades son en gran parte el resultado de la imposición; quienes no la aceptan corren el riesgo de perder su tierra y a menudo su vida. Pero el mérito de Darío es también el de subrayar la dimensión individualista de los colonos, relacionada con la diversidad de su proyección y sus trayectorias. Así que lo común, lo "comunitario", no es producto de su solidaridad sino de las reglas impuestas por los jefes locales. Como lo anota Gonzalo Sánchez en el prólogo de una de las obras de Darío, el norte del Valle es una zona bastante rica, gracias al café, en la cual no se dan conflictos agrarios ligados a múltiples acciones colectivas y a una cultura popular, como aconteció en Sumapaz. Lo que hay en los municipios cafeteros del Valle es una doble relación estratégica, la de los individuos que tienen que adaptarse a las imposiciones del poder local, y la del poder local con el poder de otros niveles. Sería un tema fascinante de investigación esa población de "conversos políticos" y los efectos sobre sus identidades personales.

En segundo lugar, tales cambios de afiliaciones partidistas significan la imposibilidad de constituir una esfera de derechos relacionados con una percepción de la justicia. Ni hay forma de armar una conciencia colectiva de tales derechos, ni un Estado capaz de hacerlos reconocer a nivel local.

En tercer lugar, la referencia a la similitud no puede calificarse como un "hecho generador". No es que los jefes locales sean oligarcas de vieja estirpe mantenidos en una visión jerárquica semejante a la del régimen colonial. Lo que distingue a los jefes de los campesinos es la apropiación del poder político, fuente del poder social. De allí que el mantenimiento del orden supone siempre acudir a la fuerza, activa o potencial. Se trata de una realidad opuesta a la microfísica del poder de Foucault y sus teorías de las disciplinas, pero también a las tesis del proceso civilizatorio de Elías. Es una realidad fusionada en dinámicas de redes privadas de poder que no determinan los impulsos, sino que se apoyan sobre ellos,

que no se subordinan a una regulación de conjunto, sino que generan fragmentación como recurso de poder. Los partidos mismos no son instancias unificadoras, sino el producto de una negociación permanente entre poderes de variados niveles. Tampoco el mercado constituye una instancia reguladora. Lejos de la autoregulación el mercado, a su turno, está permeado por las relaciones de poder. Sin institucionalización política estable, sin la idea de mercado regulado, la construcción de la sociedad no puede ser sino un proceso siempre inacabado donde las regulaciones precarias y la violencia se entremezclan en todo momento.

Tales son los aportes del historiador Darío Betancourt. No son pocos. Es necesario subrayar que sirven para descifrar el presente, las luces de sus análisis sobre el conflicto de hoy son obvias. Quién quiera entender los días actuales debe seguir las enseñanzas de Darío Betancourt.

En efecto, para ello es fundamental partir de las transformaciones que sacudieron la sociedad. Los recursos económicos aparecidos en los últimos años trajeron multitud de transformaciones brutales. El surgimiento de nuevas redes de poder acabaron las antiguas redes, sin que hubiera gobiernos con capacidad de dar sentido a transformaciones tan salvajes. Las redes de poder privado ya están diseminadas en todo el territorio nacional. Más que nunca, imponen sus reglas a la población. Y lo hacen de tal manera que no queda otra alternativa que callarse, adaptarse a los dueños locales, o huir.

La diferencia con el pasado es que ya no es posible hablar de mediadores. Los protagonistas armados, si se quiere, median hacia adentro imponiendo su concepto de orden a la población. Pero no median hacia afuera, sino que constituyen soberanías alternativas yuxtapuestas a la soberanía del Estado. Ahí está implicada una "modernización" por cuanto desplazan a las viejas élites, pero sin alcanzar a dar sentido a tal proceso. Circula el poder en bruto, sin producir un

nuevo imaginario colectivo. Lo tradicional y lo moderno se combinan en todos los aspectos, políticos, culturales, sociales, sin que se llegue a ingresar realmente a la modernidad.

En Colombia no se ha podido inventar una memoria distinta a la de la violencia, ni hacer que la gente alcance a creer que más allá del sufrimiento es posible una historia nacional con sentido.

Lo repito, me hubiera gustado pronunciar esta charla en presencia de Darío Betancourt. Son muchos los afectados por la violencia en Colombia. No podemos dejar de pensar en ellos, pero me

pasó con el secuestro de Darío lo mismo que tantos otros han experimentado en Colombia: la sorpresa, la incredulidad, la indignación. Secuestrando a Darío no sólo se secuestra un gran historiador, se secuestró algo del espacio académico, espacio tan fundamental para ofrecer un futuro al país. Todos, sean del Estado o de cualquier grupo privado, deben saber que estamos esperando su regreso entre nosotros. Esta vez como su profesor, digo de manera solemne que toda la comunidad académica internacional tiene los ojos puestos sobre el secuestro de uno de sus miembros.